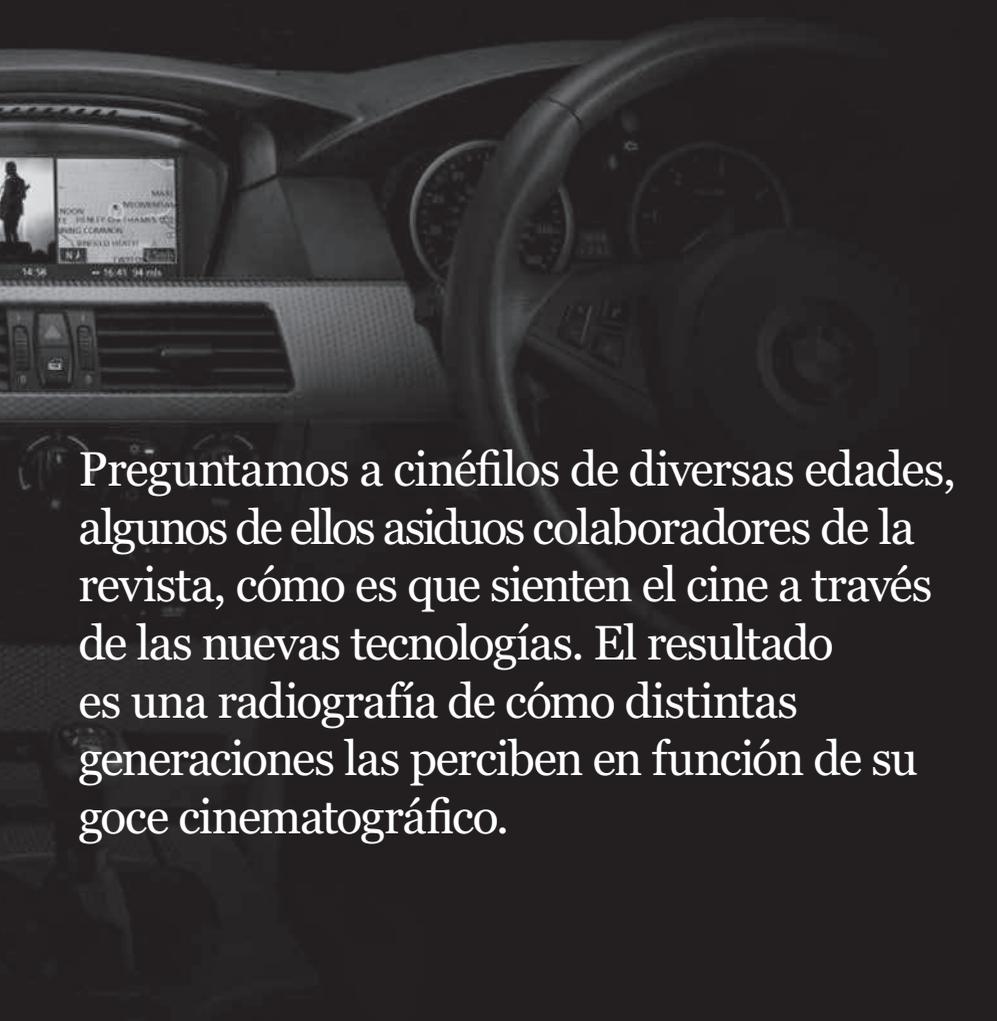




ENCUESTA:

Nuevas tecnologías

▶ Jorge Caterbona.



Preguntamos a cinéfilos de diversas edades, algunos de ellos asiduos colaboradores de la revista, cómo es que sienten el cine a través de las nuevas tecnologías. El resultado es una radiografía de cómo distintas generaciones las perciben en función de su goce cinematográfico.

El presente siempre fue mejor

Jorge Caterbona

51 años, director de cine en la casa realizadora 7 Samurai

Un poco de historia. Recuerdo que cuando cumplí 11 años festejé yendo al cine con mi padre a ver la versión completa de *La guerra y la paz* (King Vidor, 1956). Para ese entonces ya había visto prácticamente casi todo el cine mudo ruso. El cine estaba conmigo e ir una vez a la semana fue un ritual de toda mi infancia y adolescencia. Más adelante en el tiempo, cuando me fui a vivir solo, compré mi primer VHS. Aún no tenía tele, pero sí un VHS y una incipiente colección de películas.

En aquella época mi departamento era el lugar de encuentro de muchos amigos cinéfilos. Las maratones en 16 mm y en VHS (cuando finalmente pude comprar un televisor) eran casi diarias. Para entonces por la mañana trabajaba en una productora, por la tarde estudiaba en el Instituto de Cine de Argentina y por las noches atendía a mi sesión de películas. Ver cine en casa, en VHS, parecía que iba a durar para siempre hasta que apareció el Laser Disc, una especie de vinilo hi-tec con una súper definición y un audio increíble.

Pero, el presente siempre fue mejor. Actualmente no puedo decir que tengo una sala de cine, pero sí puedo afirmar, sin ninguna duda, que tengo un cine en la sala. Un proyector full HD Panasonic AE3000, un reproductor Blu-ray y un *receiver* Marantz con sistema de parlantes Mirage componen mi equipo. En este lugar perfectamente pensado, la primera película que vi fue *Criatura de la noche* (Tomas Alfredson, 2008) y pensé que por primera vez también estaba viendo cine en casa, a excepción de aquellas proyecciones en 16 mm.

La contundencia de la combinación de Blu-ray con el proyector full HD es absolutamente innovadora. Totalmente distinta a la experiencia de ver Blu-ray en un televisor LCD en el que se percibe una imagen artificial y un tanto *crispy* que no me gusta. Esto es cine de verdad, donde puedes disfrutar tanto de *Iron man 2* como de Buster Keaton.

Hoy en día solo compro Blu-ray originales y tengo un disco duro donde guardo todas las rarezas que solamente puedes obtener bajándotelas. No pienso que el Blu-ray dure para siempre,

▶ *Jorge Luis Yrigoyen.*

Óscar Contreras.

pero sí que tal vez sea el último formato físicamente tangible que exista con cajita, librito y varios discos.

Cine en la combi

Jorge Luis Yrigoyen
25 años, estudiante universitario

Gran parte de la satisfacción de ver cine, me refiero a la acción de ir a una sala de cine muy aparte de mirar la propia película, está en el proceso. La compra de la entrada, hacer la cola, buscar un buen sitio, el mismo hecho de compartir esta experiencia con otras personas, la sala oscura, el momento de los avances de otras películas, etcétera. Este conjunto crea una situación irreplicable en medios alternativos. No quiero decir que el disfrute de ver una película en cualquiera de estas posibilidades sea mejor o peor, pero la experiencia es evidentemente difícil de duplicar.

Esto no deja de lado que la necesidad de consumo personal nos haga optar por los otros medios de más fácil acceso, sea por tiempo o por economía. Alguna vez intenté usar alguno de los medios portátiles para ver películas, entre ellos la primera generación de la PSP (Play Station portátil). Lo primero, es bajarse la película en el formato o convertirla, para lo cual siempre habrá una serie de programas gratuitos, pagados o “craqueados”. Sin embargo, nunca encontré una forma más rápida en la conversión de media que usando Badaboom, un convertidor que utiliza las tarjetas gráficas Nvidia para el proceso de conversión en vez del procesador de la computadora. Luego, solo queda pasar el archivo.

En algunos viajes en el ameno transporte público, empecé a ver *El laberinto del fauno*, pero el aglomerado humano no es precisamente el contexto más cómodo para esta actividad, siempre se encuentra alguna distracción que rompa con la concentración. Haces la preparación adecuada, subes y buscas el lugar apropiado, al fondo, junto a la ventana, para no tener que moverte, te pones los audífonos, pagas el pasaje con anticipación e ignoras el discurso de cualquier vendedor o “ex presidario”.

Si uno logra con éxito este proceso, que puede resultar algo dificultoso, lo más probable es que no termine de ver la película igual, porque tendrás que cortarla al llegar a tu destino.

De hecho, usar uno de estos portátiles en un viaje largo, para ver una película una vez que ya estás en un hotel o en el más cómodo asiento de un auto viajando de pasajero no es tan descabellado. Incluso ha llegado a ser satisfactorio, pero me resulta muy poco frecuente, además siempre será mejor hacer un *streaming* en línea, bajar la película, recurrir a la piratería o ir a las salas de cine.

No creo que el cine como experiencia ritual haya mutado o vaya a mutar a pesar de los cambios tecnológicos, pero sin duda las posibilidades de ver cine fuera de las salas se acrecientan y nos dejan escoger.

Las pantallas de avión

Óscar Contreras
41 años, abogado

Resulta incómodo, complicado, desalentador y hasta sacrílego vincular-

se a películas como *Lawrence de Arabia*, *2001 Odisea en el espacio* o *El Padrino* en lo que dure un vuelo comercial. Una pantalla de avión personal, bipersonal, cuadrangular, panorámica, HD, LED, Blu-ray, conectada a un sistema de sonido envolvente o a unos *headphones*, no ofrece las condiciones necesarias para disfrutar plenamente de una película. Confesamos nuestra desazón total, nuestra frustración frente a una experiencia como esta. Filmes potables se perjudican seriamente por la turbulencia aérea, por la bulla que naturalmente generan los pasajeros (niños y adolescentes llorando o gritando), por el desplazamiento de las aeromozas y *pur-sers* a través de los pasillos, etcétera. Porque las condiciones sociales y técnicas (no digamos culturales) que caracterizan un vuelo comercial son distintas de las de una sesión de cine. Número uno y para empezar, un cinéfilo nacido y criado que por necesidad debe “meterse” a una “lata” para trasladarse a un lugar lejano no necesariamente debe tolerar un filme. No existe un ceremonial que cumplir más allá de sentarse, abrocharse el cinturón de seguridad, acallar los nervios y sacarle partido al boleto de avión. No existe correspondencia entre los códigos de vuelo y la distensión o el ludismo que predominan en una proyección. Un vuelo constriñe la vida del cinéfilo a un espacio reducido, longitudinal, despresurizado, de vigilia obligatoria; a una tecnósfera tensa, cansina, de distracción banal. Un cinéfilo atado a un asiento de avión (sufriendo de “travelfobia” o no) y con toda la carga de problemas circulatorios, cardíacos e hipocondríacos, que pudiera

generarle un viaje transoceánico, continental o regional, definitivamente no puede ser feliz. Menos, si le ofrecen un menú de cintas adocenadas, taquilleras o “arties”, dobladas y embutidas en una pantalla de 10 pulgadas, etcétera. Una alternativa son los buenos programadores de películas para líneas aéreas (oficio *free lance* que se expande) o el sistema de programación *pay per view*, todavía inexistente en el mercado aerocomercial peruano; mediante el cual una línea aérea puede satisfacer los placeres cinéfilos más culposos, tipo *Enterrado* (2010) de Rodrigo Cortez, para el vuelo de ida; o *Pesadilla a 20.000 pies*, el episodio del australiano George Miller para el filme *La dimensión desconocida* (1983), en el vuelo de regreso. Las pantallas de avión (como las frazadas, las viandas o los salvavidas debajo de los asientos) son componentes del servicio que salvaguarda y distrae pero no genera cinefilia o disfrute.

Un cine en casa

Juan Carlos García

42 años, catedrático

Me gusta mucho el cine, pero al ir odio la cantidad de gente que va a las salas. No soporto la bulla, el movimiento, cuando se levantan a la mitad de la película porque se acabó la gaseosa o las conversaciones. Por todos esos factores, prefiero el consumo casero.

Apenas pude comencé a armar mi propio cine, primero comprando un proyector de baja definición hace cinco años. Poco a poco logré cambiar los equipos, hasta tener un

Home Theater 7.2 con un proyector full HD 1080p.

Compro las cosas a medida que las necesito, no voy cambiando mi equipo cada vez que aparece un aparato nuevo. Comencé a diseñar el espacio en la sala de mi casa, a regañadientes de mi esposa que pensaba que iba a arruinar el decorado. Después de un tiempo me mudé y logré preparar una sala especial en mi departamento.

Ahora tengo un proyector a dos metros de un *ecran* que está tapado con un celofán, todo está cableado en las paredes. Es un montaje permanente. Tengo todo lo que busco, pero sin el ruido de los niños y las parejas besándose al lado. Además, el 95 por ciento de mis Blu-ray son originales, rara vez compro alguno que no lo sea, porque los “bambas” no tienen el sonido *true high definition*.

Dejando las descargas por internet

Antolín Prieto

30 años, cineasta

Saqué mi primer correo electrónico el mismo año que comencé a ir asiduamente al cine y al cineclub. Una de las primeras cosas que hice fue inscribirme en una lista de interés de cine —la de la RCP—. Digamos que mi cinefilia se ha ido alimentando alternada y recurrentemente de la pantalla del computador y del *ecran*.

Viviendo en provincia —Trujillo—, las posibilidades de encontrar buen cine en la década del noventa pasaba más por las pantallas pequeñas que

por las multisalas. Salvo algún ciclo francés en el cineclub de la Alianza Francesa, había que seguir los canales de cable y las novedades del video *rent*. Y ver la internet.

Las descargas se convirtieron en una puerta para el cine clásico, las novedades y las rarezas. Con cada nuevo procesador, aparecían nuevos programas, nuevas formas de compartir archivos y nuevos flujos de bits que parecen películas. Mientras por un lado la calidad de la imagen no era más importante que el contenido que se vería. A veces las imágenes podían convertirse en secuencias de cuadros o una abstracción puntillista digital; el tiempo para obtener un archivo —ya no película— era desproporcionado a su duración. Un corto como *La casa es negra* podía demorar meses, pero *2046* de Wong Kar-wai estaba lista para verse en menos de un día.

Desde hace un buen tiempo no descargo películas. Me ha ganado la posibilidad de buscar películas en la mejor calidad posible, en DVD, en Blu-ray, en la pantalla de cine y en celuloide, si se puede. Prefiero esperar unos meses para ver una película en un cine, pero no hago ascos a ver las películas de imposible distribución comercial en una laptop.

La tecnología ha democratizado el acceso a muchos contenidos, pero no ha podido aportar aún mucha calidad a la proyección. Por lo menos ahora podemos escoger, podemos ver. Lejos están los tiempos en que solo soñábamos con las cintas que conocíamos por medio de la lectura. ◻



▶ Juan Carlos García.



Antolín Prieto. ◀